



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Notas sobre democracia y cultura

Autor: Madrid Hurtado, Miguel de la

Forma sugerida de citar: Madrid, M. de la. (1993). Notas sobre democracia y cultura. *Cuadernos Americanos*, 3(39), 34-41.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VII, núm. 39, (mayo - junio de 1993).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

NOTAS SOBRE DEMOCRACIA Y CULTURA

Por *Miguel* DE LA MADRID HURTADO
MÉXICO

I

LAS FORMAS DE GOBIERNO no son ajenas a la evolución de las sociedades. Todas han respondido a la historia singular de los pueblos y al modo en que cada uno ha solucionado sus propios problemas internos. Pero, al mismo tiempo, la sobrevivencia de las naciones —y su lugar en el mundo— ha dependido de su contacto con las demás. De ahí que haya ideas y tendencias comunes a través de sociedades distintas, pero también grandes distancias en el modo peculiar en que cada una ha resuelto sus propios problemas. Detrás de las ideas políticas que han cruzado fronteras, han estado rasgos específicos que han distinguido a cada nación.

Son rasgos derivados de su convivencia social: del modo en que han afrontado sus propias dificultades y de las soluciones institucionales que han encontrado en cada momento de su historia propia. Por eso, cuando hablamos del proceso de creación del Estado moderno, del liberalismo decimonónico o de las luchas populares por hacer compatibles los derechos civiles con los políticos y sociales, comenzamos apenas a plantear el problema; pues si bien todos esos procesos han tenido lugar en la mayor parte del mundo, más allá de las fronteras de cada Estado, en realidad cada país los ha vivido de un modo distinto.

No es lo mismo la Revolución Francesa que la guerra de Independencia de los Estados Unidos, ni los procesos generados un poco más tarde en la Inglaterra del xix tuvieron los mismos alcances que los que vivió la España poscolonial, o los que describió Weber y descubrió Kafka en el Imperio Austro-Húngaro. Y, sin embargo, todos ellos aportaron una porción de lo que hoy estudiamos

como el liberalismo del siglo pasado. De todos se desprendió una parte de la verdad. Sin duda, se trató de mudanzas relacionadas entre sí y enormemente influyentes para el resto del mundo occidental. Pero no sólo hay diferencias entre las ideas de Rousseau y Burke, Benjamin Constant y Bentham, o Hegel y Marx —por citar sólo a los más conocidos en nuestro pasado—, sino que sus efectos fueron distintos en el universo de las realidades particulares de cada nación. Por eso, la creación del Estado moderno, el liberalismo del siglo pasado o las luchas sociales del siglo xx nos revelan acaso los grandes trazos pero no los detalles que deben ser explorados entre las muchas historias que forman la historia del mundo.

II

Lo mismo puede decirse del devenir común y a un tiempo distinto de nuestra América Latina. Es verdad que venimos de un pasado único, que se vio sorprendido por el arribo de un mundo nuevo y desconocido. Para los europeos, como lo ha visto Octavio Paz, ya existía un sentido del otro, del diferente, que era un criterio ignorado hasta entonces por las civilizaciones de América. Para nuestros indígenas no había más referencia palpable que la de sí mismos, aislados como estaban del resto del mundo. Quizá por eso nuestra cultura se entregó con facilidad ante la fascinación del extraño, cuando no intentó aislarse en definitiva huyendo de la evidencia. Pero en todo caso, nuestro primer encuentro con la historia fue un encuentro fechado. Para nosotros todo comenzó nuevamente en 1492, somos una civilización joven y antigua a la vez, porque nuestro pasado rompió con el futuro que nos deparaba ese encuentro. Los pueblos de la América indígena dejaron de ser como solían ser para comenzar a escribir otra historia. O quizás como prefería Hegel, para empezar a formar parte de la verdadera Historia: la que sólo puede devenir a través del contacto con las ideas ajenas.

Sin embargo, aquel pasado contó de todas maneras. El proceso de colonización de nuestro vastísimo continente no reflejó solamente las diferencias de la política europea de aquel tiempo entre ingleses, españoles y portugueses —y aun hacia el interior de aquellas primeras poderosas naciones— sino también las que distinguían al mundo colonizado. Hablar del mundo indígena como un bloque no es más que una generalización etnocéntrica. En el interior de ese hipotético bloque había en realidad múltiples diferencias: lenguas,

creencias, costumbres, artes, sistemas jerárquicos e incluso tecnologías y conocimientos científicos muy variados. Aún no sabemos todo de aquellas civilizaciones que nos antecedieron, pero la información que tenemos es suficiente para apreciar la extraordinaria complejidad de las redes que hallaron los recién llegados de Europa. Y el mestizaje que sucedió a la Conquista terminó de revelar esas diferencias que, ocultas tras los velos del imperio de los Habsburgo, fueron marcando matices y pautas que no se revelarían plenamente sino hasta los últimos años de la Colonia.

Latinoamérica nació a la vida independiente, en efecto, después de un largo proceso en que se incubaron por igual —como en el feudalismo europeo— rasgos comunes e identidades propias. Éramos los mismos, pero siéndolo éramos también diferentes: nuestra geografía política fue algo más que un mero capricho de principios de siglo. A un lado de nuestras enormes similitudes, crecieron también las raíces de nuestras señas diversas. Bolívar no alcanzó el éxito por ignorarlo, sino porque la libertad que les dio a los pueblos ya independientes pudo más, a la postre, que cualquier idea trascendente de volver a reunir lo que había nacido diverso. En más de un sentido, los latinoamericanos vivimos hace dos siglos el drama que atraviesa hoy, paradójicamente, la Europa del Este: reencontrada la libertad, los pueblos quieren encontrarse también a sí mismos.

De ahí que nuestro liberalismo haya sido otra prueba de nuestras similitudes y también de nuestros matices nacionalistas. América Latina, ya liberada, se incorporó de lleno a la historia del siglo pasado, en tanto que compartió con Europa, y con los Estados Unidos, ideas y aspiraciones contemporáneas. Nuestros movimientos liberales no estuvieron distantes de las grandes propuestas que sacudieron a Francia, Inglaterra o España. Pero, como en Europa, esos movimientos también cobraron cartas de identidad. Nuestras ideas eran las ideas que recorrían Occidente, pero eran a la vez diferentes. México no podía ser como los Estados Unidos o Francia, pero tampoco podía ser exactamente igual a Argentina, Brasil o Perú. Cada porción del mundo afrontó su historia, aunque en todos lados triunfara el liberalismo: cada Estado fue liberal a su modo porque, en el fondo, no podía ser de otra manera.

III

NUESTRO siglo no ha sido menos enfático al subrayar las razones que explican la vida de cada Estado. En tiempo y circunstancias distintas, los grandes proyectos universales han fracasado uno a uno en

su aspiración de homogeneidad, frente a la terquedad de nuestras realidades distintas. Primero cayó el fascismo, en medio de la violencia de la Segunda Guerra Mundial. No hace mucho que sucumbió la práctica confundida del comunismo, liquidada por la conciencia persistente de una sociedad que quería ser libre. Y poco a poco se van derrumbando también las amenazas del fundamentalismo, que han querido ver en la sociedad una réplica de la religión, como en el Medievo. Varias veces se han modificado los mapas del mundo cuando se ha olvidado el pasado, las raíces peculiares de cada Nación, la densidad histórica de los pueblos, que es a fin de cuentas su único medio de sobrevivencia.

Sin embargo, la tendencia a creer en una especie de patrón universal homogéneo está lejos de haber desaparecido. Por el contrario, hay quienes han visto en las luchas constantes de nuestro siglo una mera desviación temporal en un trayecto de todos modos inevitable. La derrota del fascismo o del comunismo ha sido interpretada, quizá con demasiada frecuencia, como una victoria definitiva de la democracia liberal que, algún día, atravesará el mundo entero y eliminará paulatinamente aquellas diferencias obstinadas que todavía hoy justifican las fronteras del mundo.

Esa idea no ha prosperado en el aire. La respaldan los procesos de internacionalización de la economía, la cercanía que han permitido los medios masivos de comunicación o la tecnología más reciente que nos enlaza con cualquier lugar del planeta en apenas unos instantes. Es una idea que se sostiene en algunas de las evidencias de nuestro mundo cada vez más cercano, más conocido, más interdependiente. Surge de una constatación empírica y entiende que nuestros contactos acabarán por llevarnos hacia un Estado global homogéneo. Pero olvida la cultura: el elemento vital de la historia. Olvida, otra vez, las pequeñas pero múltiples diferencias que están detrás del modo de vida de todos los pueblos; sus valores propios, sus aspiraciones y el peso intangible pero inevitable del devenir singular de cada Nación. Olvida, en el fondo, que ninguna Nación puede escapar de su propio pasado, convertido en costumbres, prácticas cotidianas, instituciones políticas y valores que siguen definiendo, inexorablemente, el presente común.

No obstante, como en otras épocas, estamos de nuevo en presencia de una idea que atraviesa fronteras y que parece identificarnos por encima de todo. Esa idea es la democracia el método de gobierno más acabado que ha conocido hasta ahora la humanidad.

LA que ha prosperado en prácticamente todo el mundo occidental es, sin embargo, una democracia que prefiere los procedimientos a las grandes definiciones. Una democracia que no aspira sino a dar un cauce civilizado a los conflictos políticos, a través de un conjunto de normas aceptadas y respaldadas por todos los participantes en la contienda por el poder. Una democracia capaz de evitar la prepotencia de quien gobierna, y de propiciar el debate público, transparente, de los asuntos que a todos atañen. La democracia, entendida como un conjunto de reglas de convivencia que pueden llegar a convertirse en un modo de vida, pero que tienen que ser, desde sus orígenes, una pauta inviolable para resolver los conflictos sociales de una manera pacífica y provechosa.

La democracia que está germinando en el mundo es producto de nuestra civilización. No elimina el conflicto ni erradica las opciones o los intereses contrapuestos, pero ofrece un método para encontrar las mejores soluciones posibles sin anular a los adversarios, y apelando siempre a la voluntad colectiva de los pueblos. Por eso no puede ser, al mismo tiempo, mucho más que un conjunto bien orquestado de procedimientos que permita a los ganadores del juego político gobernar con el contrapeso de las minorías, y a éstas ejercer sus derechos de control sobre los gobernantes, sin romper las reglas mismas del juego, que más tarde pueden otorgarles la mayoría. La democracia no puede ser mucho más, pero tampoco debe ser menos. La clave está en trasladar el poder, en última instancia, de un grupo de gente a un grupo de reglas aceptadas por todos.

Fácil de describir, la democracia es, sin embargo, muy difícil de construir. Nuestro siglo y nuestra región han sido testigos de las enormes dificultades que hay que vencer para llegar a esas reglas civilizadas. Y aún en nuestros días, nadie podría asegurar con total certidumbre que no volverán a ser vulneradas. Las tentaciones autoritarias de todo signo no han sido eliminadas del todo en ninguna parte del mundo ni han desaparecido tampoco las tendencias que prefieren el todo o nada. El mejor método de gobierno que ha concebido la humanidad es también, paradójicamente, el más frágil. Su vitalidad no sólo reside en un complicado equilibrio de fuerzas, sino en la convivencia plural y respetuosa de las distintas opciones políticas de cada país. Cualquier exceso en el empleo del poder, más allá de los límites vigilados por todos, puede dañar seriamente la aspiración democrática, tanto como la renuncia pertinaz de quienes prefieren ganar el poder por caminos distintos al voto.

Por eso tiene razón Victoria Campos: la democracia necesita, además de aquel conjunto eficaz de procedimientos, el respaldo de una ética pública. De un conjunto de virtudes que trasciendan a los representantes del juego político para implantarse en toda la sociedad. Pues lo único que puede fortalecer las prácticas democráticas y hacerlas perdurar es su adopción paulatina entre los valores de cada pueblo. En otras palabras: la democracia se habrá consolidado entre nuestras naciones cuando comience a formar parte de la cultura. Y al mismo tiempo, ese paso fundamental no se dará sin temores, que cuando los pueblos hayan adoptado las virtudes de la democracia, será por lo menos difícil que los intereses parciales vuelvan a medrar sobre los principios.

Y es que la democracia necesita el respeto a la verdad y a la razón, la responsabilidad, la tolerancia, la solidaridad, no sólo como herramientas para definir los primeros atisbos de un acuerdo realmente civilizado, sino como valores arraigados en toda la sociedad. Hace falta que nuestras sociedades sean cada vez más responsables, que cada individuo responda de sus actos frente a los demás, porque no hay otro medio para hacer florecer el concepto más amplio de ciudadano sobre el que se apoya el edificio completo de la democracia. El ciudadano que conoce y defiende sus derechos fundamentales frente al poder del Estado, pero que también reconoce sus obligaciones y sus límites ante el derecho de los demás. Ciudadanos que no eludan su individualidad bajo el cobijo de intereses parciales, ni ensayen el ejercicio de privilegios corporativos a cambio de la discriminación de los otros. La democracia necesita individuos que se reconozcan iguales ante la ley, capaces de exigir que esa ley se cumpla sin distinciones. Pero también dispuestos a renunciar a las pequeñas prebendas compradas con lealtades de grupo, y preparados para afrontar sus responsabilidades en cada uno de sus actos frente a los demás.

La igualdad ante la ley y la responsabilidad ciudadana, sin embargo, no suponen necesariamente la igualdad de oportunidades sociales. Ningún pueblo ha resuelto el viejo dilema entre libertad e igualdad. Pero entre ambas, como imaginó la Revolución Francesa, puede tenderse un puente de solidaridad. No es éste un valor menor para la democracia. La solidaridad forma parte de la elección libre de cada individuo y, a diferencia de la caridad que conocieron los antiguos cristianos, el individuo solidario ha de aspirar a una verdadera justicia social que, a la postre, beneficie a todos. La solidaridad supone, en última instancia, que no todo lo público es

gubernamental: también los ciudadanos pueden construir —y nadie mejor que ellos— los verdaderos espacios donde desplegar el desarrollo común.

Pero el ciudadano responsable y solidario tiene que ser, además, tolerante. Aplicar todos los días el mismo principio que hemos de exigir a los gobiernos y a los partidos políticos. La democracia necesita de ciudadanos que toleren el punto de vista opuesto, la versión encontrada, el lugar que merece quien piensa distinto, que es el mismo que merecemos nosotros. Tolerancia que no significa permisividad sino respeto al derecho ajeno y, finalmente, como lo veía Juárez, el principio fundamental de la paz. Sin tolerancia no pueden sobrevivir las reglas del juego democrático. Con ella, en cambio, la democracia comienza a ganar la partida. La formulación clásica de Voltaire no ha perdido su actualidad: estaré hasta la muerte en contra de lo que dices, pero defenderé hasta la muerte el sagrado derecho que tienes para decirlo.

V

EL respeto a la verdad y a la razón, responsabilidad solidaria y tolerancia son ciertamente imprescindibles para que la democracia se consolide como un modo de vida. Para que atravesese el territorio del juego político y se arraigue en la cultura de toda la sociedad. Sin embargo, cada pueblo ha de resolver ese tránsito a su manera. No hay recetas que seguir —como no las hubo nunca—, ni puertas que atajen el paso hacia el porvenir. Tampoco hay garantías que permitan asegurar que la democracia será necesariamente el puerto de arribo de todos los pueblos. Hace tiempo que comprendimos la inexistencia de distintos manifiestos y que desechamos la creencia en una evolución lineal e irreversible de toda la historia. Hoy sabemos con certeza que nada puede sustituir la voluntad de los individuos. Y sólo esa voluntad, puesta en acción, es capaz de construir una democracia a la medida de cada Nación, de cada sociedad singular, de cada historia.

Nadie sensato podría estar en contra de los valores que entraña la democracia. Pero tampoco puede nadie imponerla. Hay que salvar la democracia de cualquier intento de convertirla en dogma, porque ése sería el principio de su destrucción. Por eso hay que ligarla a los valores auténticos de nuestra cultura: hacerla crecer con honestidad desde nuestros lugares de origen, respetando la di-

versidad de los pueblos. Pues aunque todas compartan los mismos principios, no hay democracias idénticas. Y en todo caso, no hay ni habrá democracia mejor que la que se atenga a lo propio: a la voluntad, sencillamente expresada, de nuestros pueblos.